bios que él, si no mas elocuentes; pero lo que él funda será mas bien una falange, más bien un ejército que una escuela, y él quedará siempre de jefe por el derecho que le da su intrépida iniciativa

Aun cuando cayera en el camino, bajo el peso demasiado enorme de la cruz que ha cogido á cuestas, su caida siempre sería gloriosa y fecunda como un triunfo. Los hombres de su temple alcanzan la victoria solo algunas veces en vida, casi siempre muriendo.....:

I

EL LIBRO QUE HAY QUE HACER.

La familia de Juan, como he dicho, se componia de Magdalena, su mujer, y de Facio; pero puede decirse que formaba parte de ella tambien la niña Berta, que iba á pasar el dia á su casa una ó dos veces por semana, estando lo demás del tiempo en un colegio

Parecíame que Magdalena no queria demasiado á esta niña; pero Juan estaba loco por ella. Berta y Facio andaban á la greña por inclinación. A decir verdad, ni uno ni otro eran malos; pero Facio tenia el dardo parisiense en la punta de la lengua, y Berta, por su parte, en la punta de los dedos.

Los otros hijos de Juan y de Magdalena, es decir, sus verdaderos hijos, ya mucho mayores, se habian establecido en pueblos lejanos. Era una familia dispersada por la ruina del padre.

Juan estaba casado en segundas nupcias, y Berta era hija de la hija de su primer mujer, que fué aquella María de Moy que en otro tiempo le tiraba cajas de juguetes á la cabeza por la ventana del cuarto principal. Es decir, que Juan era abuelo de Berta, cuya madre habia muerto.

Mucho tiempo pasó sin que Juan me volviera á hablar de sus *etapas*. Estuvo enfermo una gran temporada á luego de aquella entrevista desmesuradamente larga (comenzó á las ocho de la noche y terminó al amanecr) en que me contó la muerte su padre. Y yo, por mi parte, tampoco procuraba hacer recaer la conversación sobre el asunto, porque su primer historia me habia dejado una impresión profunda, pero *inútil*, como que no pensaba que me sirviera para mi oficio de escritor. ¿Qué habia de hacer de ella? Y sobre todo, ¿qué habian de hacer de ella mis lectores habituales, á quienes amaba tanto y amo todavía, mis queridos lectores empeñados en resolver conmigo, de número en número de folletín, el impartante problema de saber cómo Agueda se casará con Teodoro?

A más de que yo había prometido no poner mano en el asunto sin estar convertido, y nadie es más tardo en convertirse que los hombres como yo, amigos plátonicos de Diós, respetuosos para con Diós, pero que no sienten la necesidad de Diós y que se pasean quizá toda su vida, sombrero en mano, alrededor de Diós, sin entrar en Diós.

No tomé apuntes acerca de lo que Juan me había contado aquella noche, y no solo no tomé apuntes, sino que hice lo que pude por borrarlo de la memoria. Había en el fondo de aquella narración cosas que me impresionaban de una manera desagradable. Sin llegar hasta el punto de decir, como el doctor Olivier: "Si me vuelves á hablar de eso no vendré más," le agradecia yo á Juan muchísimo su silencio.

El, por su parte, parecia experimentar aquella vacilación, aquella misma repugnancia que le había detenido tan largo tiempo en el dintel, como si dijéramos, de nuestras relaciones. Así como había retrocedido dias y dias antes de penetrar en el secreto de su vida, así ahora buscaba pretextos para no continuar esta excursión por entre los dolores de su pasado.

Y lo que es en esto, los dos eramos cómplices. Si Juan tenia miedo de renovar en su corazón una llaga, yo por mi parte no pretendia ni mucho menos resucitar emociones que habían dejado una especie de contusión en un rincón de mi alma

No me gustaba nada aquella emoción que me arrastraba con importunas violencias hacia un lugar donde yo no quería ir todavía.

Pero debo confesar que, cuanto más pugnaba por olvidarlo, más vivo mantenia el recuerdo.

Una figura, sobre todo, de entre las que Juan había bosquejado ocupaba siempre mis horas de soledad y me asediaba; era aquel jóven á quien no querian apenas en la familia porque le respetaban demasiado; aquel Cárlos, el *hipócrita* para los tábanos del Liceo, el *jesuíta* que decia la buena Juliana, y el *juicioso*, como le llamaban sus hermanas y su madre.

Para mí, su hermano, el bueno de Francisco, el soldado valia tanto como él, no lo oculto; pero entónces, ¿por qué Cárlos vagaba de continuo rondando mis pensamientos, mientras que el bravo Francisco me ocupaba tan poco?

Durante este período de tiempo, Juan me entretenia casi exclusivamente con el famoso libro que había que hacer sobre Tartufa.

Su pensamiento era complejo; veia dos Tartufas: el uno santo, el otro pillo, y esto nos traia á la memoria á Cárlos, pues Juan me habia dado á entender en diversas conversaciones que Cárlos habia sido calumniado gravemente, insultado y abofeteado—si no materialmente con la mano, al menos con el pesado golpe de la mentira,—y había presentado la otra mejilla al ultraje con la frente serena y bajos los ojos.

Lo cual es terrible; es contra la inclinación de la naturaleza, como todo lo que es sobre natural.

Había en ello un heroísmo milagroso, ó una cobardía sin nombre.

Yo tenia miedo de saber más á propósito de aquella historia que me repugnaba de antemano enérgicamente: ¡hasta tal punto la entreveia alejada de mí y superior á mí!

Una mañana de primavera, un jueves por cierto, vino Juan á mi casa pidiéndome de almorzar. Traia consigo á Facio y á Berta, porque era dia de vacaciones. A Magdalena la gustaba mas quedarse en casa, y nunca solia venir á la mia.

Vivia yo entónces en una habitación encantadora, situada en medio de un barrio muy feo, en la calle de San Mauro de Popincourt no lejos de la iglesia de San Ambrosio.

Era la antigua casita del señor de Breteuil, embajador de Francia en Rusia al comienzo del reinado de Luis XVI. Todo el contorno estaba lleno de fábricas y talleres; pero el jardín era precioso y muy bien aislado. Se podia hablar allí como en medio del campo. A Juan le gustaba mucho aquel jardín, cuya historia había encontrado entre los papeles de la parroquia de San Ambrosio.

En tanto que Berta y Facio se olvidaban de pegarse, entretenidos en jugar con mis hijos, Juan se entretenia tambien disertando largo y tendido mientras tomaba su café bajo el emparrado.

—No lo dudes—me decía;—el siglo va tomando un camino muy particular; vamos á entrar en una corriente literaria católica muy acentuada, por consecuencia precisamente de los esfuerzos extraordinarios que va á intentar la impiedad por ver de aniquilar el catolicismo. *Non prevalebunt:* ni los gigantes ni los hongos de la materia prevalecerán en definitiva, porque tal es la promesa de Diós, según nosotros sabemos y ellos quizá no ignoran; pero entra en el órden de la Providencia y en la naturaleza misma de las cosas el que lleguen muy cerca del éxito y hasta obtengan victorias considerables en apariencia, y que tengan su dia en que les sea permitido al impío subirse á los tejados para ostentar á la faz del sol su efímero triunfo.

Así debe suceder, y así sucederá; son numerosos, son, mejor dicho, innumerables; son poderosos por su talento, por su ciencia, y aun algunos por el génio.

Los hay, y yo por mi parte conozco algunos, que hasta són poderosos por la virtud, tomando la palabra en su acepción puramente humana.

Quiero y respeto á algunos de ellos, como hubiera respetado y querido á Sócrates ó á Platón.

En todos tiempos ha encontrado el catolicismo defensores que tenian todas las cualidades que acabo de enumerar, y que las tenian en grado admirable; hállanse de

síglo en siglo los apologistas del catolicismo en la primera fila de los escritores ilustres, y la pluma de sus grandes obispos ha sido siempre de oro; pero si nunca le han faltado al catolicismo generales gloriosos, lo que es soldados sí le han faltado algunas veces, sobre todo cierto género de soldados: los que dejan atrás á la caballería, aun marchando á pié, á la carrera; los que pelean con ambas manos; los que asustan al enemigo: los *cazadores*, los *zuavos*.

Tambien ahora, en verdad, van á ser menester soldados, y precisamente de estos soldados, porque la batalla va á propagarse y extenderse, va á descender á la arena misma de la vida de un dia á otro Ya lo verás antes de mucho tiempo.

Va á ser una refriega en que habrá que hacer uso de todas las armas, desde el cañón hasta el alfiler. Llegará el dia en que los santos tendrán que aprender la gimnástica del sarcasmo, la esgrima de la burla, y hasta ese arte de ignorante de cortar una miserable novelucha en trocitos pequeños para excitar el apetito de los viejos monotes que se alimentan de este género de salsas.

Hará falta gente, mucha gente, en rededor y por debajo del gran periodista católico, que es el primero de todos los periodistas. Es verdad que no está solo, bien lo sé, aunque tiene las espaldas más al descubierto que los demás, su estado mayor es bueno y brillante. Pero no es, al fin, más que un estado mayor; mientras que en redor de la impiedad hay todo un ejército que arremolina sus apretados batallones.

Mas quisiera yo que se dejara la palabra á los maestros; pero no va á ser esto posible en un siglo en que

los tartamudos tienen el valor de pronunciar discursos:

A más de que el auditorio del periódico, y aun del libro, hase aumentado tanto, y tanto ha descendido el nivel de las curiosidades apetitosas, que los maestros han de sentir la necesidad de tener detrás de sí hombres que no sean maestros, que sepan siquiera un poco el idioma de los sencillos, y que sean capaces de conversar corrientemente con millón y medio de abonados de á *sus;* cosa, en verdad, difícil.

Estas muchedumbres curiosas, á quienes habrá que hablar no carecen de inteligencia; por lo menos, no creo yo haber querido indicarlo: al contrario són en gran manera inteligentes. Lo grande, lo sencillo, lo bello, las apasiona en pequeña escala y por breves momentos; pero quieren ante todo divertirse, y la admiración *no divierte.*

Las gusta además burlarse de sus mismos divertidores, despreciarles amigablemente y darles un puntapié, diciendo: "¡qué bruto!", como para vengarse del *sus* que han pagado.

Los maestros no se prestan bien á estas familiaridades: son menester servidores.

No creo yo que los diarios católicos de reducido tamaño lleguen de buenas á primeras á recaudar un millón de *suses* cada dia, pero pueden hacer un bien considerable.

Si yo tuviera todavía voz en la prensa, diria á los periódicos pequeños del catolicismo: "Sed la morada de los maestros, pero sed tambien la mansión de los jóvenes. Buscad á los jóvenes, atraed á los jóvenes, á los vigorosos, á los resueltos, á los atrevidos. El *magnificat*

brotó, es verdad, espléndido y ardiente del corazón de una mujer; pero aquella mujer era la Vírgen María, y todo el resto del Evangelio es varoníl.

"Nada hay tan viril como el pensamiento de Diós.

"Huíd de lo soso, de lo mediano, de la falsa sencillez, de lo afeminado, de lo dulzarro, de lo empalagoso. Dejad á Emerenciana con su candor talludo, algún tanto necesitado de tutela, por más que sea de azucar de cebada; devolved á Athenaida su pomada austera; dejad á la condesa de Ventavilla en sus periódicos de modas. Toda esa gente de nada os sirve.

"Hombres, hombres, amigos mios, y hombres jóvenes y fuertes, son los que necesitais para sostener enhiesto y levantado el estandarte de la Cruz, que es pesado de llevar."

Y creo que tendría mil razones para hablar así porque veo en esta creciente invasión de mariposas una amenaza para la mies literaria.

Hay, sin embargo, mujeres fuertes, me dirás, en el arte como en la virtud. ¿Qué hombres hay más grandes que las hijas de San Vicente de Paul? Santa Teresa, Santa Gertrudis y tantas otras han hecho oir más alto que los hombres el verdadero lenguaje del Amor divino. Todo eso es verdad; pero ¿sabes? aquí no hablamos precisamente de santidad, aunque Emerenciana sea buena persona. Hablamos de acción.

Iré, si quieres, más lejos que tú: es verdad que la mujer es el elemento íntimo y cordial de la piedad en la familia: todos ó casi todos nosotros somos cristianos gracias á nuestras madres; y no se puede entrar en una iglesia cualquiera sin experimentar una emoción de alegría y de tristeza á la vez viendo la imensa superioridad de número en que se hallan las mujeres: hay cien mujeres por cada hombre. ¡Dios las bendiga! Pero bien pocas de entre ellas tienen manchados de tinta los dedos.

El hombre es el que está en el altar: el hombre es el que está en el púlpito.

Todo depende, por otra parte, de la ocasión. Cuando Apolo cambia de sexo en la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, lo encuentro correcto y hasta conveniente; pero; acá entre nosotros, eso mismo me inquieta. Yo diría, pues, á mis amigos: "Echad mano, si quereis, de las mujeres fuertes: echad mano hasta de las pobres mujeres. Insensato sería querer privar al concierto cristiano de ese registro espléndido, suave, tierno, penetrante, que recorre todos los tonos de la inspiración. Solo que, cuando llueve, hay que temer el diluvio. Escoged con cuidado, y, sobre todo, economizad la inspiración. También las especias son muy buenas y, sin embargo, no hacen buen efecto empleadas con demasiada abundancia. No conviene que las alabanzas de Dios suenen en los oídos de cierta clase de gente que entra en las capillitas de nuestra prensa, como las coplas de Calaínos, con acompañamiento de vihuela destemplada....."

Juan se iba animando, según costumbre, á medida que hablaba de esta manera. Tenía inquina contra las literatas á pesar de su admiración entusiasta por Jorge Sand, á quien, según él, "no le faltaba más que Dios," ¡que no era poco!

En este punto se interrumpió bruscamente para gritar, mirando hacia arriba:

—¡Facio! ¡Bribón! ¡Que te vas á desnucar!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO